

Alarmada la tropa con este ataque inesperado, agrupóse presurosamente en torno de su jefe. Brillaron otros cinco ó seis relámpagos en la cresta de los peñascos rayando la negra bóveda de los cielos, y cayó muerto un granadero mientras se encabritaba el caballo de un cazador derribando á su jinete.

—Adelante, ¡poder de Dios! gritó el general; á ver si esas aves nocturnas se atreverán á esperarnos.

Púsose á la cabeza de la columna y empezó á trepar con tal arrojo el escarpado ribazo que se extiende más allá de la orilla, que á pesar de las tinieblas y de las balas que rebotaban junto á los soldados hiriendo á dos de ellos, llegaron en un abrir y cerrar de ojos á la cumbre del cerro. Entonces cesó el fuego de los enemigos, y á no verse la oscilación de las retamas y los matorrales donde momentos antes se habían emboscado los chuanes, hubiérase creído que los había tragado la tierra.

—¡Triste, tristísima guerra! murmuró el general. Ahora esta expedición no puede menos de ser infructuosa, pero no importa: probemos; el castillo de Souday se halla en el camino de Macheeul, y sólo allí podemos dar un rato de descanso á la tropa.—¿Y el guía? preguntó el capitán.—¿El guía? ¿veis aquella luz que brilla á quinientos pasos de aquí?—¿Una luz?—Sí: allá.—No, mi general.—Pues yo sí, y como aquella luz indica que hay allí una choza y por lo tanto algún sér humano, sea hombre, mujer ó niño, no ha de faltarnos quien nos guíe al través de los bosques al término de nuestra jornada.

Tras estas palabras, y en un tono que nada bueno auguraba al morador de la choza, quien quiera que fuese, mandó proseguir la marcha, ordenando al propio tiempo que una guerrilla explorara los alrededores extendiéndose tanto como pudiera permitirlo su seguridad.

Al trasponer la altura el general y su columna, salió del agua un hombre que después de pararse un momento á escuchar detrás del tronco de un sauce, corrióse á lo largo de los matorrales con manifiesta intención de seguir el mismo camino que los soldados; y al asirse de una mata para trepar las rocas, oyó á algunos pasos de distancia un apagado gemido. Juan Oullier, pues tal era aquel hombre, se adelantó hacia el paraje donde se oyó el quejido, y á medida que iba acercándose notó que los gemidos tomaban un acento

más doloroso. Bajóse, tendió la mano y sintió que una lengua suave y tibia se la lamía cariñosamente.

—¡León, pobre León! murmuró el vendeano.

En efecto, era el pobre perro, que valiéndose del último resto de fuerzas que le quedaba, había arrastrado hasta allí la zamarra de su amo para morir encima de ella. Juan Oullier se la quitó y llamóle en voz baja, contestando el pobre animal con un prolongado aullido. El vendeano le tomó en brazos, vió que no hacía el menor movimiento, y notando que le mojaba la mano un líquido caliente y viscoso, llevóla á los labios y sintió el sabor insípido de la sangre. Entonces trató de separarle los dientes que tenía fuertemente apretados, pero no pudo lograrlo: el pobre animal había muerto salvando á su amo, á quien el acaso acababa de llevar á aquel punto sólo para recibir su última caricia. De pronto se le ocurrió al vendeano una duda: ¿quién había muerto al perro? ¿Las balas de los soldados? ¿No estaba ya herido cuando se arrojó al agua para reunirsele? El vendeano se inclinó con preferencia á esta última hipótesis, pues así el alto que León había hecho junto al río, como la dificultad con que nadaba, le daban muchos visos de verosimilitud.

—Corriente, dijo Juan Oullier después de hacer estas reflexiones: mañana será otro día; y ¡ay de quien te haya muerto, pobre y fiel compañero mío!

Y habiendo colocado el cadáver del animal en un cepelón, dirigióse á paso largo á la colina, desapareciendo entre los matorrales.

XXI

LA CABAÑA

La cabaña cuya luz había visto brillar el general desde la orilla del Boulogne, estaba habitada por dos hermanos llamados José y Pascual Picaut y sus familias, cuyo padre había contribuido con su persona en 1792 al alzamiento del país de Retz, adhiriéndose al sanguinario Souchu como el

chacal al león, y tomado parte en las horribles carnicerías que mancharon la ribera izquierda del Loira al principio de la insurrección. Cuando Charrette libró al país de aquel Carrier con escarapela blanca, los instintos sanguinarios de Picaut se habían desarrollado de un modo prodigioso, y descontento de un jefe que no le permitía la efusión de sangre sinó en el campo de batalla, abandonó su división y pasóse á la de Jolly, antiguo cirujano de Machecul, cuya horrible exaltación corría parejas con la suya.

Sin embargo, persuadido al fin Jolly de la necesidad de concentrar las fuerzas, unióse al caudillo de la baja Vendée; mas como no se había consultado el parecer de Picaut, tampoco lo pidió á sus jefes para abandonarles de nuevo, y cansado de tantos cambios y conociendo que era inextinguible el rencor que profesaba á los que habían dado muerte á Souchu, buscó un general que no se dejara seducir por las hazañas de Charrette, y hallóle en Stofflet, quien en varias circunstancias había manifestado su antagonismo contra el héroe del país de Retz.

En 25 de febrero de 1795 Stofflet cayó prisionero en el cortijo de la Poitevinière junto con dos ayudantes de campo y dos cazadores que le acompañaban: el caudillo y los dos oficiales fueron pasados por las armas, y los dos aldeanos puestos en libertad. Uno de estos era Picaut, que hacía dos años que no había estado en su casa; al regresar á ella encontró á la puerta á dos gallardos mozos que al verle corrieron á abrazarle. Aquellos dos mancebos eran sus hijos, el mayor de los cuales tenía diez y siete años y diez y seis el otro. Picaut recibió con sumo placer sus caricias, devolviéndoselas con creces, y pasados los momentos de júbilo y de expansión, observó con gozo grandísimo que los dos rapazuelos que había dejado al partir se habían transformado en dos apuestos y robustos mancebos. Sin embargo, neutralizaba su alegría la penosa consideración de que estaban desarmados como él, pues la república al prenderle le había quitado el sable y la carabina que recibió un día de la espléndida Inglaterra.

Picaut se figuraba que la república le devolvería las armas y daría otras á sus hijos para indemnizarle del perjuicio que le había causado, si bien no pensaba consultarla para ello; así es que al día siguiente les mandó tomar palos de manzano silvestre, y púsose en camino para Torfou, en donde había media brigada de infantería.

Era de noche; apartándose Picaut todo lo posible de los senderos trillados y seguido de sus hijos, distinguió de repente un foco de luz en medio de la oscuridad, y conociendo por esta señal que estaban ya muy próximos al término de su viaje, mandóles que le siguiesen con cautela imitando sus movimientos y se detuvieran acto continuo al oír el canto del mirlo. Entonces inclinóse y echó á andar pegado á las zarzas y vallados que circundan la población, hasta que llegó á sus oídos el paso lento y mesurado de un hombre; echóse de bruces, y sin separarse un punto de la sombra, fué adelantando á gatas hacia el paraje donde había sonado el rumor. Imitáronle sus hijos, y al llegar al extremo del campo donde se encontraban, separó un poco las zarzas del valladar, sacó la cabeza con precaución, y satisfecho de su examen y sin curarse de las espinas que le arañaban, arrastróse como una culebra por el agujero que acababa de abrir en las ramas; llegado á la otra parte del vallado, imitó el canto del mirlo, que era la señal convenida. Sus hijos se detuvieron y alzaronse de puntillas para mirar por cima del zarzal y observar la maniobra de su padre.

Encontrábase este en un ancho prado cuya espesa y espi-gada yerba ondulaba á merced del aire; y á unos cincuenta pasos más allá, al extremo del prado, divisábase el camino, por el cual paseaba un centinela apostado á cien pasos de una casa que servía de cuerpo de guardia. Al llegar Picaut á dos varas del camino, detúvose detrás de unas matas. El centinela seguía paseándose de arriba abajo, y al hacer esta evolución, pasaba cada vez tan próximo al vendeano, que sus armas rozaban con las ramas del matorral. De pronto llegó á los oídos de los dos mancebos un grito ahogado, y con la sutileza de vista propia de los hombres acostumbra-dos á ver en la oscuridad, percibieron en el camino una masa negruzca que bregaba: componíanla el centinela y Picaut, quien después de herirlo de una puñalada le mataba estrangulándole.

Al cabo de un momento el vendeano se reunió con sus hijos, y cual la loba que después de hecha la presa la reparte entre sus cachorros, distribuyó entre sus hijos el fusil, el sable y la cartuchera de su víctima.

Mas no le bastaba á Picaut tener armas; faltábale hallar una ocasión de servirse de ellas, y al dar una ojeada en torno suyo, vió á Autichamps, Scepeaux, Puisaye y Bourmont,

esto es, realistas flojos, corazones de alfeñique, con quienes no podía él avenirse porque no tenían la menor semejanza con Souchu, que era el tipo que más le gustaba para jefe. Entonces pensó Picaut que antes que ser mandado por semejantes caudillos, era cien veces preferible erigirse jefe y mandar á los demás. Reclutó algunos, descontentos como él, y á pesar de que su pandilla era poco numerosa, no dejó de mostrar su odio á la república.

Su táctica era sencilla por demás. Moraba en los bosques, dejaba descansar á su partida durante el día, y al llegar la noche salía de su madriguera, emboscaba á su gente en un paraje idóneo para una sorpresa; si acertaba á pasar un convoy ó una diligencia, lo atacaba ó la robaba, y si escaseaban los convoyes ó las diligencias iban bien escoltadas, se desquitaba fusilando los puestos avanzados é incendiando las granjas de los patriotas. Después de dos ó tres expediciones, sus camaradas le dieron el apodo de *Sin-Cuartel*, y deseoso Picaut de merecer este epíteto, ahorcaba, fusilaba ó degollaba á cuantos republicanos caían en sus garras, fuesen varones ó hembras, militares ó paisanos, viejos ó niños.

Continuó sus operaciones hasta el año 1800, en cuya fecha, habiendo dado treguas la Europa al primer cónsul ó éste á aquella, llegó sin duda á oídos de Bonaparte la fama de Picaut Sin-Cuartel. El primer cónsul resolvió mandar para su exterminio, no un cuerpo de ejército, sino dos *chuanes* de la calle de Jerusalén y dos brigadas de gendarmería. Picaut cayó en el lazo; recibió en la pandilla á los dos falsos banderizos, y al cabo de algunos días fué sorprendido con la mayor parte de sus secuaces, pagando con la cabeza su sangrienta celebridad. Como era más salteador que soldado, fué condenado á la guillotina. Subió al cadalso con entereza y sin pedir más cuartel á los otros que el que había él concedido.

Su hijo primogénito José fué condenado á presidio con los demás, y Pascual, que se había librado y refugiádose en los bosques, siguió merodeando por el país con varios individuos de otras pandillas exterminadas; pero cansado por último de aquella peligrosa vida, entró un día en Beaupréau, entregó el sable y el fusil al primer soldado que encontró, rogóle que le acompañase á casa del comandante de armas, y contóle su historia. Este militar, jefe de una brigada de dragones, conmoviése al ver la juventud y la sencillez del

presentado, y propúsole ingresar en su regimiento, manifestándole que de no verificarlo se vería precisado á entregarle al juez del partido. En semejante alternativa, como ya sabía Pascual la suerte de su padre y su hermano y no tenía deseos de volver á su país, tomó el partido de vestir el uniforme.

Catorce años después volvían los dos hermanos al hogar paterno para tomar posesión de la reducida hacienda del guillotinado.

Al regreso de los Borbones recobró José la libertad, y recibió Pascual la licencia. Aquel volvió á su cabaña más exaltado que antes, ardiendo en deseos de vengar en la sangre de los patriotas la muerte de su padre y los tormentos que él mismo había sufrido; en tanto que su hermano había experimentado una metamorfosis completa, considerando como un deber el odio á los Borbones, sintiendo la caída de Napoleón, y juzgando como un oprobio la entrada de los aliados, mayormente cuando contemplaba la cruz que en el pecho lucía.

Sin embargo, á pesar de esta diversidad tan completa de opiniones que debía engendrar frecuentes reyertas, y á pesar también de la mala inteligencia que por lo tanto reinaba entre ellos, los dos hermanos siguieron habitando la choza paterna y dedicándose al cultivo de su reducida propiedad. Luego casó José con la hija de un pobre aldeano de las cercanías, y Pascual, gracias á la importancia que en cierto modo le daban su cruz y la pensión anexa, con la hija de un campesino acomodado y patriota como él por añadidura.

Al encontrarse reunidas ambas mujeres bajo un mismo techo, exageraron por envidia ó por rencor los apasionados sentimientos de sus respectivos maridos, aumentando de este modo los gérmenes de discordia que desgraciadamente no faltaban en la familia, sin que eso obstara para que los dos hermanos continuasen viviendo juntos hasta 1830.

Vino la revolución de julio, acontecimiento que al par que halagaba el patriotismo de Pascual, exaltó sobre manera á José, quien viendo nombrado alcalde de S. Filiberto al suegro de su hermano, prorrumpió en denuestos é improperios contra los *azules*, conducta que no tardó en imitar su mujer y con tan poca mesura, que la esposa de Pascual manifestó á éste que no se creía segura viviendo entre semejantes energúmenos; pero el antiguo soldado de Napoleón no

tenía hijos, y había cobrado mucha afición á los de su hermano, especialmente al menor, á quien tenía siempre sentado en las rodillas, y con el cual pasaba muy buenos ratos; oprimiósele el corazón á la idea de tener que separarse de su hijo adoptivo, y cómo amaba entrañablemente á su hermano, no quiso dejarle reducido á sus propias fuerzas para sustentar su numerosa prole, rechazando por consiguiente las instigaciones de su mujer; pero desde entonces cesaron de comer juntos, y Pascual hizo tapiar la puerta que ponía en comunicación las habitaciones de José con la suya.

Inquieta estaba la mujer de Pascual la noche en que Juan Oullier fué llevado preso por la columna de Montaigu. Su esposo había salido á cosa de las cuatro de la tarde, esto es, á la misma hora en que la partida emprendía la marcha, diciendo que tenía que tratar un asunto con Courtin, alcalde de la Logerie, y á pesar de haber dado ya las ocho, Pascual no parecía. Su inquietud se convirtió en angustia cuando oyó resonar á trescientos pasos de la casa los repetidos tiros disparados á orillas del Boulogne. La pobre mujer aguardaba á su marido llena de ansiedad y de cuando en cuando dejaba el torno para ir á escuchar á la puerta. Habiendo cesado las detonaciones, no oyó más que el rumor del viento que agitaba la copa de los árboles, ó el aullido de un perro que á lo lejos arrojaba tristes plañidos.

A los primeros tiros, Perico, el niño que tanto amaba Pascual, acudió á preguntar si había vuelto su tío; pero no bien asomó á la puerta su rostro gracioso y sonrosado, cuando su madre le llamó con aspereza, y el muchacho se marchó.

Hacia algunos días que José era más osado y provocativo que de costumbre, y aquella misma mañana antes de partir para la feria había tenido con su hermano un altercado que sin la calma de éste habría degenerado en riña. Por lo tanto la mujer de Pascual no se atrevió á participar á su cuñada los temores que le aquejaban. De improviso oyó un misterioso cuchicheo que partía del huertecito anexo á la cabaña, y levantóse con tanta precipitación que derribó el torno. Abrióse la puerta, y en el dintel apareció José Picaut.

XXII

CÓMO LLORÓ MARIANA PICAUT Á SU MARIDO

Asaltó á Mariana un terrible presentimiento al ver á su cuñado en ocasión tan impensada, y cayó muda y helada de espanto en la silla. José avanzó hacia ella con paso lento, sin proferir una palabra, mirándola de hito en hito, en tanto que Mariana le contemplaba fascinada como si hubiese tenido ante sus ojos una lúgubre aparición. Llegóse José á la chimenea, sentóse sin despegar los labios, y con el bastón removió el rescoldo. A la luz del hogar, pudo ver Mariana el trastornado semblante de su cuñado.

—¡José! exclamó la pobre mujer llena de zozobra; ¿qué tienes? contesta en nombre del cielo. —¿Quiénes son los azules que han venido á visitaros? —Nadie ha venido. ¿En dónde está tu hermano? ¿Le has visto? —¿Quién le ha hecho salir de casa? contestó José decidido al parecer á contestar con otras preguntas á las que se le dirigían. —Repito que nadie; ha salido á las cuatro de la tarde para pagar al alcalde de la Logerie el maíz que le compró para tí. —¿Al alcalde de la Logerie? repitió José frunciendo las cejas. ¡Buen pícaro! Esta mañana misma le decía yo á tu marido: Tú has renegado de tu Dios y tratas de tentarle; anda con cuidado. —¡José! ¿cómo te atreves á mezclar el santo nombre de Dios con esas palabras de odio contra un hermano que tanto os quiere á tí y á tus hijos, y que se quitaría el pan de la boca para dárselo á vosotros? Si por desgracia tenemos guerra civil, ¿por qué has de traerla al seno de nuestra familia? Guarda en buen hora tus opiniones, y déjale á él las suyas, sean cuales fueren, que al menos son inofensivas. Colgado de un clavo está su fusil desde largo tiempo, jamás se ha mezclado su nombre con los de los conspiradores, jamás ha turbado la tranquilidad de sus semejantes, en tanto que tú sales armado cada día, y de seis meses á esta parte, no cesas de proferir amenazas y vituperios contra los habi-